

ESA PULGA NO TE CONVIENE

(Cómic sentimental)

POR ANGEL GARCÍA PINTADO

PERSONAJES

EL PADRE

EL HIJO

Y MARTA

EL HIJO SIGUE CON LA VISTA LAS EVOLUCIONES DE UN ENTE INVISIBLE A LOS ESPECTADORES SOBRE LA REDONDA SUPERFICIE DE UN VELADOR.

PADRE.—Olvídate ya de esa pulga. No te conviene.

HIJO.—Ella lo es todo para mí.

PADRE.—Has perdido el apetito... Tienes un aspecto lamentable.

HIJO.—¿Cuándo aprenderéis a respetar la voluntad de los hijos...!

PADRE.—Quiero lo mejor para tí.

HIJO.—Entonces, aprueba nuestras relaciones.

PADRE.—¿Vuestras relaciones, dices? ¿A eso llamas relaciones? ¿Soportar sus coquetearías a todas las horas, ser la víctima de sus desdenes...? ¡Llevar cuernos por una pulga!

HIJO.—¡Papá!

PADRE.—El amor es ciego.

HIJO.—Ella me será fiel hasta la muerte. ¿Conociste acaso alguna vez una pulga que no fuera fiel? Es grotesco todo eso que pasa por tu sucia cabeza..., ¡papá!

PADRE.—No, desde luego no conocí nunca una infidelidad de esa especie.

HIJO (*Retrocediendo con fruición*). — Estate quieta, estate quieta.

El padre se le acerca, le mira detenidamente.

El hijo, enfrentándose al padre.

HIJO.—No te quedes ahí mirándonos como un sátiro. Ten un poco de respeto.

PADRE.—Oye... ¿Qué se siente?

HIJO.—¡Papá! La educación que me diste me impide entrar en detalles.

PADRE.—Lo estás pasando mal. El color de tu cara es un violeta tirando a frambuesa...

HIJO.—¡Calla!

PADRE.—Me callo. Te gusta sufrir. Lo veo.

HIJO (*Mayor placer en las contorsiones*).—

Jí, jí, jí, jí, jí, jí, jí, jí...

PADRE.—¿A eso le llamas placer?

HIJO.—Lo llamo como me da la gana. Martita...

PADRE.—Me recuerdas a la Chelito.

HIJO.—Mierda.

PADRE.—Aprovecha, aprovecha este momento. Luego la perderás por una temporada...

HIJO.—¿Has oído eso, Marta?

PADRE.—Las pulgas no oyen.

HIJO.—Marta, ¿has oído eso?

PADRE (*Más divertido, imitando la voz de una pulga*).—Sí, querido. Lo he oído. Y tu papá tiene razón.

HIJO (*Recitando al modo de la Royal Shakespeare*).— “¡Se burla de las llagas el que nunca recibió herida! Pero, ¡silencio!, ¿qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Julieta, el sol! ¡Surge, esplendente sol, y mata a la envidiosa luna, lánguida y pálida de sentimiento porque tú, su doncella, la has aventajado en hermosura! ¡No la sirvas, que es envidiosa! Su tocado de vestal es enfermizo y amarillento, y no son sino bufones los que usan. ¡Deséchalo! ¡Es mi dueño! ¡Oh, es mi amor! ¡Oh, si ella lo supiera!... Habla...; mas nada se escucha; pero ¿qué importa? ¡Habla sus ojos!; les responderé!... Soy demasiado atrevido. No es a mí a quien habla. Dos de las más resplandecientes estrellas de todo el cielo, teniendo algún quehacer, ruegan a sus ojos que brillen en sus esferas hasta su retorno. ¿Y si los ojos de ella estuvieran en el firmamento y las estrellas en su rostro? ¡El fulgor de sus mejillas avergonzaría a esos astros, como la luz del día a la de una lámpara! ¡Sus ojos

lanzarían desde la bóveda celeste unos rayos tan claros a través de la región etérea, que cantarían las aves creyendo llegada la aurora!... ¡Mirad cómo apoya en su mano la mejilla! ¡Oh! ¡Quién fuera guante de esa mano para poder tocar esa mejilla!”

PADRE (*Sigue imitando a la pulga*).—

¡Oh! Es muy bonito eso que has dicho. Es una lástima que no sea tuyo.

HIJO.—Es mío.

PADRE.—Esa pulga te está haciendo perder el juicio.

HIJO.—Dejémoslo para luego, Marta. Hay voyeur en la costa.

(*La pulga salta de nuevo al velador*)
Es indecente.

PADRE.—¿Se acabó el espectáculo?

HIJO (*Dirigiéndose a Marta*). Esto no puede continuar así. Buscaremos una pensión. Sé de una que no piden carnet a las damas. ¡Es difícil hallar un lecho para un amor prohibido, allí donde todos los amores son prohibidos! Creí que contigo iba a ser diferente. No; no es un reproche a tí. Es un reproche, pero no a tí. De verdad. Estoy dispuesto a pasar por el altar. El tendrá que jorobarse y tragar. ¡Algún día no lejanos escribirán un libro sobre nuestro amor. Será un best-seller. Harán un filme...! Y servirá de lección a las generaciones venideras.

PADRE.—Te está entreteniéndote.

HIJO.—Mi tiempo me pertenece.

PADRE.—No es de tu clase.

HIJO.—¿Cuál es mi clase?

PADRE.—Con tu carrera y tu apellido puedes aspirar a todo.

HIJO.—Con mi apellido me limpio el culo... La carrera raspa demasiado.

PADRE.—Hereje.

HIJO.—Torquemada.

PADRE.—Olvídala. Mira cómo se contonea.

HIJO.—Tiene estilo... Una gracia natural.

PADRE.—Dile que no salte de esa forma...

Me está poniendo nervioso.

HIJO.—¡Salta, Marta! ¡Salta! ¡Salta, salta,

salta!... ¡Oh, ha saltado demasiado! ¡Se ha ido! ¡Martaaaaaaaaaaaa! Vuelve pronto. ¡Martaaaaaaaaaaaa! ¿Dónde te has metido?

PADRE (*Sintiendo una inesperada sensación de placer, adiestrándose en el contorsionismo*).—¡Oh! ¿Quién eres tú? ¿De dónde surges trayéndome mi juventud perdida? ¿Eres acaso la que esperé en vano toda mi mocedad?

HUO (*Buscando entre los especiaadores*).—Marta, no me hagas sufrir.

PADRE.—¡Oh, oh!... Es demasiada prima-

vera en mi carne. ¡Qué desconocida plenitud! (*Abrazándose a sí mismo*) ¡Serás mía, mía, mía, para siempre jamás! ¡Para siempre!

El hijo repara en el padre. Ve claro de repente. Rendido a la evidencia, resignado en lo posible, mientras fabrica una lágrima, dice...

HUO.—¡Marta, Marta!...

OSCURO Y FIN

